

































































Algo preocupado, me pregunté si mis amigos saltarían del coche cuando vieran en el osciloscopio los repentinos latidos de mi corazón; así pues, me acosté de nuevo, con la cabeza de lado sobre la almohada, ya que de este modo cede con más rapidez la inflamación de las membranas mucosas. Permanecí quieto, escuchando con un oído para asegurarme de que no se acercaba la ayuda no solicitada. Paulatinamente, el corazón recobró su ritmo normal.

No volví a la imagen del hogar; no lo deseaba, tal vez porque creía que no debía mezclar a los niños en este asunto. ¡Solo faltaría que no pudiera dormir sin ayuda de mis hijos! Tendrían que bastar los ejercicios de yoga que el doctor Sharp y sus asistentes habían recomendado especialmente para los astronautas. Los dominaba a la perfección, y los ejecuté con tanto éxito que enseguida la nariz silbó con acento conciliador y dejó pasar algo de aire, y el Piribensamin, privado de su aditamento, me instiló en el cerebro su característica somnolencia, turbia y algo impura, y no sé siquiera cuándo me quedé profundamente dormido.